

## Cien años de psicología en los cien años de Razón y Fe

Javier Monserrat

*La celebración del primer centenario de la revista Razón y fe nos está permitiendo hacer una revisión crítica tanto de las ciencias que se han ido configurando a lo largo de este siglo como de las aportaciones que la revista ha hecho al respecto. Llega ahora el momento de tomar el pulso a la psicología. Tras un recorrido por los planteamientos de las escuelas más relevantes, el autor establece la existencia de dos paradigmas básicos y recorre los artículos publicados por la revista en relación con ellos. La conclusión que surge de esta confrontación tiene que ver con la perplejidad que provoca una visión científica del hombre. Urge retomar el diálogo abandonado después de una primera época y volver a entrar de nuevo en una relación crítica.*

Hace cien años, al comenzar el siglo XX, la psicología científica no pasaba de ser una aventura intelectual, iniciada sólo unos pocos años antes, en la segunda mitad del XIX. Sin embargo, la psicología gozaba ya de un cierto reconocimiento en el marco de las ciencias. Tracemos primero una panorámica de referencia sobre la evolución de la psicología científica en

el siglo XX, para reflexionar después sobre la forma en que todo ello se reflejó en una revista como *Razón y Fe*, cuyo objetivo primordial era el diálogo con todas las manifestaciones importantes del conocimiento y de la cultura desde una perspectiva cristiana.

### **Todo un siglo de psicología científica**

La psicología moderna nació, pues, en el siglo XIX con la ambiciosa pretensión de ser la ciencia que explicara el comportamiento humano. Para ello debía recoger y coordinar todo el conocimiento proporcionado por otras ciencias, principalmente las ciencias naturales. Estas eran, ante todo, el modelo que trataba de imitar la nascente psicología. La psicología tenía claro que no pretendía explicar «todo el hombre». La física, la biología, la medicina, entre otras ciencias naturales, explicaban también legítimamente aspectos físicos, biológicos, médicos del ser humano, aunque siempre desde los enfoques formales específicos de esas ciencias. La psicología se centró en explicar el comportamiento desde un conocimiento científico del sistema de causas que lo producían de forma primera y radical. En esta línea, la psicología recogió información de la física, de la biología, de la medicina-neurología para emprender su investigación sobre el sistema causal del comportamiento.

Además, desarrolló también métodos propios –principalmente dirigidos a analizar la estructura de los procesos psíquicos como tales o a describir la naturaleza de la conducta objetiva– que completaran tanto sus bases de datos como sus constructos y teorías explicativas. Este objetivo de la psicología científica encaminado a conocer el sistema causal básico del comportamiento era también compatible con el hecho de que otras ciencias humanas investigaran ciertos productos derivados de los procesos psíquicos básicos, tales como la sociedad en la sociología, el trabajo en la economía, la interacción política en la politología, el conocimiento científico en las diversas ciencias, las cosmovisiones en la filosofía, la creatividad humana en general en las diversas ciencias de la cultura.

No descubriríamos, sin embargo, por completo todo lo que de hecho ha pretendido ser la psicología moderna, si no hiciéramos mención de sus pretensiones interventivas o aplicadas. Es decir, los psicólogos también pretendieron desde el primer momento aplicar los conocimientos pro-

pios de su disciplina (en definitiva, conocimientos sobre el sistema causal básico del comportamiento) para diseñar formas de intervención sobre los individuos; siempre encaminadas naturalmente a conseguir una mayor riqueza y calidad de vida para hacerla, digamos, más cercana a los ideales autorealizativos de la especie humana.

Recordemos cómo, en efecto, los grandes sistemas de psicología de fines del XIX y comienzos del XX, el psicoanálisis y el conductismo por ejemplo, diseñaron con precisión sus respectivos –y muy discutidos, por cierto–

---

*no vamos a referirnos ahora tanto a esta «psicología aplicada» y su presencia social, cuanto a los esfuerzos de la psicología científica moderna por ofrecernos un conocimiento riguroso, apoyado en evidencias empíricas*

---

métodos de intervención, principalmente en los ámbitos clínico y educativo. A lo largo del siglo XX otros muchos métodos, vías, técnicas de intervención para mejorar el comportamiento han aparecido en el mercado, principalmente en América, y han pretendido prestigiarse al amparo de la psicología, ya que ésta en alguna manera era reconocida socialmente como ciencia. Sin embargo, muchas de estas técnicas, conocidas como «terapias psicológicas», métodos de consejo, autoayuda o dinámica de interacción grupal, se apoyan más en el sentido común para la orientación de la vida y la convivencia que en consecuencias precisas de los complejos sistemas de conocimiento desarrollados por la psicología científica. Nosotros no vamos a referirnos ahora tanto a esta «psicología aplicada» y su presencia social, cuanto a los esfuerzos de la psicología científica moderna por ofrecernos un conocimiento riguroso, apoyado en evidencias empíricas, sobre el sistema causal básico que produce el comportamiento humano.

Para trazar esa imagen científica del hombre la psicología de los últimos ciento cincuenta años ha ido produciendo diversos sistemas explicativos, algunos de los cuales mantienen hoy todavía ciertos ámbitos de vigencia. Desde esta atalaya de comienzos del siglo XXI podemos observar en una panorámica de conjunto cuál ha ido el viaje, todavía en curso, de la psicología científica.

## Un recorrido por las principales escuelas psicológicas

Resumiendo muchísimo, y ciñéndonos sólo a los sistemas más importantes, deberíamos recordar el *estructuralismo* encabezado por W. Wundt, que conectó pronto con el *funcionalismo* evolucionista. Todavía en el XIX fue H. Von Helmholtz quien introdujo las intuiciones básicas del *constructivismo* que sigue siendo hoy un enfoque conceptual de referencia necesario. Ya en el siglo XX se consolida definitivamente el *psicoanálisis* de Freud, al que se sumarán de inmediato otras muchas escuelas psicoanalíticas de talante parecido. La psicología de la *Gestalt* se forma también muy pronto, iniciada por M. Wertheimer, estableciendo una escuela que hasta hoy se ha mantenido con estabilidad. El *conductismo* que se inaugura con J. B. Watson en 1913 es otra de las escuelas determinantes que se escindirán pronto en el *conductismo hipotético-deductivo* de C. L. Hull y E. C. Tolman, por una parte, y, por otra, en el *conductismo inductivo* de B. F. Skinner. Estructuralismo, funcionalismo, gestaltismo, psicoanálisis, conductismo, son, en efecto, los grandes marcos teóricos creados por la psicología clásica y que hoy, aunque sea matizadamente, todavía subsisten. Para completar esta panorámica deberíamos quizá mencionar a William James, a W. McDougall y otros funcionalistas importantes que trataban de encuadrar la teoría científica sobre el hombre en el marco evolutivo abierto por Darwin. Tampoco deberíamos dejar de mencionar a la *neurología* del tiempo, como K.S. Lashley, que intentaba hacer entrar en congruencia los conocimientos neurológicos con alguno de los marcos teóricos que hemos señalado. La *psicología genética* de Piaget, de orientación biológica, fundó también una escuela de gran influencia, sobre todo en el ámbito educativo, que enlazaba con el funcionalismo evolucionista. Igualmente no debemos olvidar que un poco al margen de los resultados de la psicología científica básica, aunque siempre en derivación de ella, la *psicología social* aportaba desde comienzos de siglo, más en relación con la sociología, la antropología cultural, la filosofía y otras CCHH, autores y modelos de gran importancia; como por ejemplo K. Lewin entendido como una derivación social del gestaltismo.

Al comenzar, pues, los años cincuenta la psicología estaba dominada por estas escuelas clásicas, pero con un claro predominio del conductismo objetivista. Estos desarrollos científicos tenían siempre una justificación de fondo de naturaleza epistemológica: era la doctrina positivista clásica, bien fuera en la interpretación fenomenista, fisicalista u operacionalista.

Sin embargo, al entrar en los años cincuenta se produjo una gran transformación en la psicología científica: en sus concepciones metodológicas, en la naturaleza de los conocimientos producidos y en los grandes paradigmas teóricos que sirvieron para organizar el conocimiento. El nuevo enfoque de la ciencia psicológica que fue así configurándose recibió diversos nombres. Y parece que el más genérico y consolidado sería el de *psicología cognitiva*. Veamos alguna indicación sumaria sobre los factores que contribuyeron en conjunto al nacimiento de la moderna psicología cognitiva como exponente más avanzado de la psicología científica en la segunda mitad del siglo XX.

Como *factor de fondo fundamental* debemos mencionar el tránsito desde la epistemología positivista al racionalismo crítico popperiano y a las diversas escuelas pospopperianas, todas ellas radicalmente antipositivistas. Se olvidó el ideal de la «pura objetividad» positivista y la subjetividad representativa entró incluso dentro de la misma epistemología de las ciencias físicas más duras.

Un primer factor fue el nacimiento inicial en los años cuarenta y cincuenta de la ingeniería y lógica del ordenador. Todo se inició con el artículo de Alan Turing en 1937, entre otros factores, que con-

---

*el hombre podría ser un sistema de registro de información para procesarla según ciertos programas hasta derivar a una cierta emisión de conducta consecuente*

---

dujo al primer ordenador construido por J. von Neumann en 1946, dando forma real a la imaginaria «máquina universal» de Turing. Se trataba, en definitiva, de una máquina capaz de realizar cálculos; es decir, operaciones de cálculo mecánico realizado sobre representaciones simbólicas en conformidad con un algoritmo serial de instrucciones (o programa).

Un segundo factor que iba naciendo en paralelo durante aquellos años fue la teoría matemática de la información, fundada por Claude E. Shannon y W. Weaver. Los flujos de información producidos por las transmisiones radioeléctricas o en los sistemas de radar, por ejemplo, exigían la creación de un instrumental matemático que permitiera describirlos con precisión. La respuesta fue la teoría de la información que introdujo conceptos como bit de información, canales de flujo, direccionalidades, ca-

nales de entrada y salida, depósitos de registro, señal, ruido, etc. Muchos de estos conceptos comenzaron a relacionarse con la ingeniería de software que pronto comenzó a construirse en la forma de diagramas de flujo.

---

*en este campo no se trataba ya de especulaciones formales sobre la estructura y teoría de la mente, sino de hechos empíricos reales sobre el funcionamiento de una mente construida de biología y neuronas*

---

*Pero el factor que dio nacimiento a la psicología cognitiva fue simplemente la intuición de algunos investigadores en CCHH al comprender que los seres vivos y el hombre podrían quizá producir su actividad en el medio de forma semejante a un ordenador.*

La intuición era ciertamente potente y atractiva: el hombre podría ser un sistema de registro de información para procesarla según ciertos programas (que en el fondo constituirían la estructura de su mente) hasta derivar a una cierta emisión de conducta consecuente. Si esto fuera así la investigación para conocer cómo el hombre produce su conducta debería consistir en reconstruir los programas de la mente que la causan. Y la forma para comenzar a investigarlos podría ser construir software apropiado, programas de ordenador, que fueran capaces de simular la conducta humana (la percepción, el conocimiento, el pensamiento, el lenguaje, etc.). Estos programas podrían entonces servirnos de modelo para hacer hipótesis verosímiles sobre los programas de procesamiento que forman la estructura de la mente y que explican científicamente nuestro comportamiento real. Entre otros fueron Allen Newell y Herbert Simon quienes, al comenzar los años sesenta, comenzaron esta línea de investigación con su primer *Solucionador General de Problemas* que se transformaría a lo largo de los cuarenta años siguientes en otros muchos programas de simulación cada vez más perfectos. Esta nueva línea de investigación, por tanto, se orientó desde los modelos conjuntados, primero, de la ingeniería y lógica del ordenador y, segundo, de la teoría de la información.

Mientras todo esto sucedía, en paralelo, también desde los años cuarenta-cincuenta, en un campo distinto, el de la neurología, se estaban comenzando a producir una serie de aportaciones que arrojarían una

creciente luz para entender cómo funciona el cerebro, más en general el S.N., al producirse la actividad psíquica. En este campo no se trataba ya de especulaciones formales sobre la estructura y teoría de la mente, sino de hechos empíricos reales sobre el funcionamiento de una mente construida de biología y de neuronas. Los nuevos conocimientos producidos fueron resultado consecuente de una serie de nuevos métodos de investigación que aparecen y se perfeccionan a lo largo de la segunda mitad del siglo XX. Un método clásico fue la electroencefalografía. Sin embargo, han sido más aparatosos y sorprendentes los sofisticados métodos de escáner que comenzaron por la tomografía axial computarizada por rayos X, para pasar después a las variantes de la resonancia magnética o a la tomografía por emisión de positrones. Aunque, ningún método ha superado al registro individual de neuronas en precisión, eficacia y capacidad de fundar conocimiento. Este método utilizado por primera vez por S. Kuffler en los años cuarenta-cinuenta fue después utilizado D. Hubel y T. Wiesel en los sesenta y les mereció la concesión del Premio Nobel. La línea de investigación neurológica fue seguida desde los cincuenta preferentemente por médicos, neurólogos y psicobiólogos. En definitiva condujo también a hacernos una cierta idea sobre cómo funciona el cerebro para producir la actividad psíquica y conducir la conducta humana ante las estimulaciones del medio.

La neurología condujo también por la propia dinámica lógica de sus descubrimientos a una teoría neurológica de la mente. Esta teoría venía a decirnos, en definitiva, que la actividad psíquica se producía como resultado de una propagación de ciertos patrones de actividad neuronal desde la periferia del S.N. hasta la tela de araña neuronal del cerebro. Cada actividad psíquica depende de la activación de redes neurales diversificadas por su ubicación en determinados módulos cerebrales y por su especificidad dentro de ellos. Sin embargo, el cerebro funciona como un sistema unitario coordinado en que los patrones de activación neurales (o engramas) que soportan los elementos moleculares de la actividad psíquica (una imagen, su recuerdo, una idea, una emoción...) conectan entre sí dentro de cada módulo por «redes lógicas» y entre los diversos módulos que componen la totalidad del cerebro.

## Dos paradigmas explicativos

Hagamos una recapitulación de la situación actual en que se encuentra la psicología en su proyecto, iniciado hace ciento cincuenta años, de construir una imagen científica de la naturaleza del hombre en el interior de un universo descrito por las ciencias naturales.

En definitiva las teorías interpretativas de la arquitectura global del psiquismo humano dependen de forma radical de la manera de entender los procesos básicos de sensación-percepción-conciencia-sujeto psíquico. Si quisiéramos hacer un análisis amplio de todas las teorías básicas deberíamos mencionar, según mi propia clasificación, al agnosticismo psicofísico interaccionista, al dualismo psicofísico interaccionista, al fisicalismo clásico, al fisicalismo lógico-computacional, al identismo clásico, al identismo epifenomenalista, al identismo pampsiquista, al identismo epifenomenalista lógico-computacional, al funcionalismo en todas sus variantes, especialmente al funcionalismo lógico-computacional, a las escuelas residuales de la neurología marxista y, en definitiva, al emergentismo, también con una amplia gama de variantes.

Sin embargo, teniendo en cuenta que las posiciones dualistas apenas tienen representación en el mundo de la ciencia (no así el agnosticismo psicofísico interaccionista), ya que Eccles es una excepción, en el fondo, *todas estas teorías podrían agruparse en dos paradigmas irreductibles entre sí*, aunque por otra parte cada vez más cercanos: el paradigma mecanicista-objetivista-computacional y el paradigma emergentista-evolutivo-funcional. Estos dos paradigmas, en efecto, representan las dos tendencias actuales más representativas en el mundo de la investigación científica sobre el hombre. Fuera de ellos apenas hay cosas de importancia que merezcan reseñarse. El paradigma mecanicista es la derivación actual de la imagen computacional del hombre que comenzó a construirse en los años cincuenta al confluir los modelos del ordenador y de la teoría de la información en las CCHH. El paradigma emergentista, en cambio, establece una imagen del psiquismo sometida a las constricciones básicas de la evolución y de la neurología, intentando siempre ofrecer explicaciones congruentes con la experiencia ordinaria del hombre en su vida personal y social. Digamos una palabra acerca de ambos paradigmas.



Tienen tendencia a situarse en el paradigma mecanicista-objetivista-computacional quienes provienen de la ingeniería del conocimiento, de las ciencias de la computación en general o de una psicología derivada de la tradición formalista-computacional iniciada a fines de los cincuenta. En esta corriente debemos situar por ejemplo a Allen Newell, Herbert Simon, Fodor, a Polishyn, Marr, Dennett, Rummelhart, Sejnowski, Hinton, Kosslyn, etc.

En realidad, la corriente computacional está dividida en dos grupos importantes. Por una parte quienes piensan que la mente es un computador que funciona serialmente por aplicación de programas algorítmicos secuenciales; Marr o Simon son un ejemplo de este enfoque. Otros piensan, en cambio, que es muy difícil admitir

---

*el paradigma emergentista no niega  
que el funcionamiento cerebral  
contenga muchos procesos  
semejantes a la computación serial,  
con secuencias algorítmicamente  
seriadas, o a la computación ideada  
en las redes conexionistas de  
neuronas artificiales*

---

que el cerebro sea un ordenador serial y han tratado de construir un diseño de ordenador —el PDP, *Pararell Distributing Processing*, o redes conexionistas de neuronas artificiales— que se pareciera más a la «tela de araña neuronal» real de los organismos vivientes, de tal manera que las redes diseñadas pudieran pretender parecerse más a la mente neuronal realmente existente. Las redes que se han diseñado en diversos campos (por ejemplo en visión o en lingüística computacional) difieren mucho entre sí y, en realidad, responden en el fondo a concepciones muy diferentes de la arquitectura psíquica. En esta línea conexionista están Rummelhart, Hinton y otros muchos. La tesis fundamental que caracteriza este paradigma mecanicista consiste en pensar que el comportamiento se produce causalmente como resultado de un procesamiento computacional mecánico, bien en forma serial o conexionista, pero sin que los procesos psíquicos conscientes puedan generar una causalidad descendente que interfiera o controle el mecanicismo de los procesos computacionales mismos. Las posiciones de este paradigma suelen ser por lo general, en consecuencia, encuadrables en un identismo epifenomenalista lógico-computacional.

Tienden a situarse, en cambio, en el paradigma emergentista-evolutivo-funcional quienes entienden que la mente es, en definitiva, algo real producido evolu-

tivamente, implementado en estructuras biológico-neurológicas que deben establecer las constricciones fundamentales sobre cómo entenderla. En esta línea están normalmente biólogos, etólogos, médicos, neurólogos, psicobiólogos, psicólogos evolutivo-funcionales, psicólogos piagetianos o, en general, de planteamientos cercanos a construir sobre la base de las evidencias neurológicas. Como autores básicos de esta corriente podríamos citar al Premio Nobel en Medicina Gerald Edelman, a Antonio R. Damasio, a Francis Crick que se pasó de los ácidos genéticos a las investigaciones psicológicas, al filósofo John Searle, a Roger Penrose, a V.S. Ramachandran, entre otros muchos. La posición esencial de este paradigma consiste en admitir que el hecho de que los organismos vivientes presenten sensación-percepción ha sido el factor fundamental del proceso adaptativo para sobrevivir en función de los procesos psíquicos, apoyados terminalmente en los complejos sistemas neurológicos, en gran parte inconscientes y mecánicos. Para el emergentismo la sensibilidad-conciencia, sobre todo en los seres vivientes superiores entendidos como sujetos psíquicos, presenta una causalidad descendente que controla interactivamente de los mecanicismos neurológicos.

Sin embargo, el paradigma emergentista no niega que el funcionamiento cerebral contenga muchos procesos semejantes a la computación serial, con secuencias algorítmicamente seriadas, o a la computación ideada en las redes conexionistas de neuronas artificiales. Para el emergentismo la activación nerviosa que produce la vida psíquica se propaga por módulos neurales específicos produciendo *patterns* de activación conectados intra e intermodularmente. Estos patrones o engramas al activarse o desactivarse, al mezclarse entre sí, al concurrir combinando imágenes de tiempo real con recuerdos activados por la memoria, con ideas, esquemas de acción o emociones, ya codificados neuronalmente, son, en definitiva, la base neurológica que tiene como correlato la producción de los *qualia* propios de nuestra vida psíquica (ver una imagen, oír un sonido, recordar una idea o una emoción...). En el emergentismo se asume que estos patrones de actividad neuronal –o engramas– tienen el correlato ontológico de producir la vida psíquica tal como es advertida por el sujeto en el plano fenomenológico y consensuada por crítica intersubjetiva en una dimensión social. Cómo y por qué, como consecuencia de la ontología propia de las redes neuronales, se produce la emergencia del psiquismo es hoy, sin embargo, un misterio. Eso sí un misterio al que ya se comienza a verle alguna luz premonitoria de que quizá lleguemos, a plazo medio, a su resolución. Sobre esto volveré más adelante.

## Reflejo en la revista

Entremos ya en el tema central que nos ocupa, *la psicología en cien años de Razón y Fe*. Lo dicho hasta ahora es sólo la contextualización de fondo. Para elaborar un artículo como éste, el método no podía ser otro que la revisión de los contenidos aparecidos en la revista sobre psicología a lo largo de estos cien años. ¿Hizo acto de presencia significativo la psicología científica en las páginas de la revista? ¿Cómo fue valorada? ¿Qué consecuencias interpretativas podemos sacar nosotros de la forma en que la psicología transitó por una revista fundacionalmente encaminada a sentir el eco crítico de todas las manifestaciones de la cultura proyectables sobre el pensamiento cristiano?

*Razón y Fe* nació en 1901 con un talante abierto a la consideración racional y crítica de todos los productos del conocimiento. Hizo suyas las palabras de León XIII en la encíclica *Immortale Dei*: «Todo cuanto contribuye a extender el dominio de las ciencias lo verá siempre la Iglesia con aprecio y alegría». Pero, al mismo tiempo nacía también con un firme doctrinarismo apologetico. En el editorial fundacional de 1901 nos dice para que no quepan dudas: “Y como contra las afirmaciones y negaciones católicas se ha levantado hace tiempo el clamoreo de la falsa ciencia, la mentida filosofía y la literatura corruptora, de ahí también la necesidad de combatirlas, no sólo desde la cátedra del Espíritu Santo o desde las cátedras del práctico magisterio, sino desde la pública tribuna de la prensa”. Esta era, en efecto, la actitud apologetica, beligerante, de principios de siglo; aunque en el caso de *Razón y Fe*, más allá de la fuerza del estilo retórico propio de la época, sin duda atenuada por un enfoque crítico-racional y la buena formación intelectual de la mayor parte de sus articulistas.

---

*los articulistas han detectado  
inequívocamente que en las ciencias  
humanas comienza a delinearse  
la imagen, de un paradigma general  
que no es aceptable: el paradigma  
materialista*

---

Para presentar las conclusiones de la revisión que hemos realizado vamos a dividirla en tres épocas: la primera desde 1901 a 1950; la segunda de 1951 a 1975; la tercera de 1976 al 2000. No creemos que interese

tanto la ponderación minuciosa de los detalles, cuanto la lectura interpretativa del sentido que explica qué es lo que va pasando en esos años y se manifiesta por las formas, por vía de presencia o de ausencia, de la psicología en *Razón y Fe*.

### La etapa desde 1901 a 1950

Por lo que hemos visto es en esta etapa donde encontramos el mayor protagonismo de la psicología científica. En ella vemos la firma de un conjunto de autores potentes intelectualmente que parecen haber entendido con claridad que entre ese clamoreo de la falsa ciencia juega un papel decisivo la psicología, ya que, al fin y al cabo, es en ella donde se pretende coordinar los resultados de las ciencias para pergeñar la imagen del hombre. Y ésta es de importancia decisiva para la filosofía y la teología católica. El problema de fondo es muy fácil de entender: los articulistas han detectado inequívocamente que en las ciencias humanas comienza a delinearse la imagen, diríamos hoy, de un paradigma general que no es aceptable: el paradigma materialista. No es aceptable para la dogmática teológica, ni es aceptable para los modelos filosóficos comunes desde los que, en ese tiempo, es interpretada la teología católica; a saber, los sistemas escolásticos, bien fueran en la línea suarista o tomista, ya que ambas estaban presentes entre los profesores jesuitas de entonces.

En síntesis diríamos, pues, que *en toda la primera etapa la psicología «de fuera»* (permitásenos lo impreciso de esta expresión) *es entendida como materialista y, por tanto, combatible y fuente de error para la sociedad que por ella se embrutece*. En cambio, la psicología «de dentro» es potenciada como la alternativa verdadera que se debe difundir. En el año 1901, en una reseña de la obra del cardenal D. Mercier *Los orígenes de la psicología contemporánea*, anticipo de otra obra que estaba siendo preparada por el cardenal sobre *Los problemas de la psicología moderna*, se nos dice refiriéndose a ésta última: «Deseamos verla cuanto antes, en la esperanza de que ha de contribuir poderosamente a desvanecer los errores materialistas o positivistas acumulados en muchas obras modernas de Psicología, y adelantar el progreso iniciado de la Psicología escolástica tradicional». La crítica a la psicología materialista se fija en una serie de temas recurrentes que encontramos con frecuencia: el monismo, el determinismo materialista tendente al «maquinismo» mecanicista, el «transformismo» evo-

---

## Cien años de psicología...

---

lucionista y otras formas del materialismo biológico, la falsa conexión del positivismo con la psicología, el hipnotismo y otras formas de terapias conectadas con el materialismo de fondo tal como ocurre en el psicoanálisis de Freud que irá siendo crecientemente conocido a lo largo del primer tercio del siglo, etc. Una serie de nombres se reparten en estos años el trabajo de combatir la psicología materialista «de fuera» y apoyar la psicología escolástica «de dentro»: P. Villada, J. Espí, J. A. Pérez del Pulgar, Eustaquio Ugarte, J. Pujiula, F. Segarra, etc. En conjunto, en un sentido u otro, se ve que la psicología científica es algo que está presente y es digno de atención.

Sin embargo, a mi entender, es en algunos artículos concretos donde puede medirse la seriedad y calidad del trabajo que se hace en estos años. Me refiero a la serie de artículos de Eustaquio Ugarte de Ercilla titulados *Orientación crítico-psicológica a principios del siglo XX*, en el año 1903, y también a la serie de J. Urráburu, seis artículos, titulada *El principio vital y el materialismo entre la ciencia y la filosofía*, en los años 1904 y 1905, que fue concluida por C. Martínez por fallecimiento del P. Urráburu. En la misma línea aparecen otros artículos de Ugarte sobre la psicología experimental en Alemania y Estados Unidos, sobre el evolucionismo de Darwin, o el carácter material y externo de las sensaciones, o la serie de J. Espí sobre la metafísica y el positivismo.

Considerando todas estas aportaciones se debe reconocer que los primeros años de la historia de *Razón y Fe* trataron la psicología en lo que realmente era. Se respira una presencia consciente del diálogo y discusión crítica con la psicología, entendiendo al proceder así que en ella se está dirimiendo la imagen científica del hombre que va asentándose en la cultura y que, ante ella, el pensamiento cristiano no puede quedar indiferente. Sin embargo, este entusiasmo inicial por lo psicológico, con artículos de fondo de verdadera calidad, va desapareciendo con los años. La atención especial a la psicología materialista «de fuera» va desapareciendo y sólo se presenta de forma muy descontextualizada y en recensiones esporádicas, puramente ocasionales de libros llegados a la redacción, al mismo tiempo que aumentan las referencias a la psicología «de dentro», a la escolástica tradicional. Se anticipa, pues, el destino que le esperaba a la psicología en la segunda y tercera etapa de los cien años de *Razón y Fe*.

## La etapa de 1951 a 1975

Para el que hace una revisión de la revista para encontrar en estos años un diálogo profundo con la imagen científica del hombre, es decir, con la psicología científica, se trata de un recorrido desmoralizador. Solamente mirando con lupa aparecen algunos elementos descontextualizados que hagan referencia a la psicología «de fuera» y muy pocos incluso que hagan referencia a la psicología «de dentro»; sólo algunos artículos de psicología escolástica de Palmés o Roldán, por ejemplo, o algunos otros de los profesores de psicología en la facultades de la Compañía de Jesús. En los índices al final de cada volumen se solían clasificar las reseñas de libros por temáticas. En la primera etapa había siempre una sección dedicada a la psicología; en esta segunda etapa la psicología aparece esporádicamente integrada en una sección de «ciencia y psicología». El proceso de desaparición de lo psicológico, ya comenzado en la primera etapa, llega ahora a dimensiones evidentes. Y esto merece una reflexión.

¿Qué es lo que en realidad estaba pasando? ¿Por qué se ha ido desfondando poco a poco la beligerancia antimaterialista que se manifestó intensa y brillantemente en las primeras décadas de *Razón y Fe*? Lo más probable es que sea resultado de la interacción de un conjunto de causas. Una de ellas debe de ser que los equipos de redacción de la revista estaban formados casi exclusivamente por especialistas en sociedad, en cultura, en historia, en economía y politología, en filosofía y teología escolástica. Esto dio con los años un sesgo culturalista y de comentario socio-cultural y político-económico. Otra causa debió de ser que en estos años la redacción de la revista no podía contar con cabezas tan potentes como sin duda fueron J. Urráburu o Eustaquio Ugarte. Las apariciones esporádicas de lo psicológico responde a profesores escolásticos que cómodamente hablan con retórica de la psicología «de dentro», ignorando probablemente por donde iba en aquellos años la ciencia del hombre (que ya desde los cincuenta iniciaba fecundamente los dos paradigmas que antes hemos comentado, el computacional y el neural-emergentista). No sólo se desconocían autores, sino que incluso se ignoraba por donde iban los programas de investigación de la ciencia moderna sobre el hombre. Todo esto ni siquiera fue nombrado en la revista durante estos años. Otra causa debió de ser, me inclino a pensar que fue así, que entre los psicólogos escolásticos de ese tiempo había cundido la desmoralización progresiva en la tarea eficaz de una beligerancia combativa

---

## Cien años de psicología...

---

contra el materialismo. La ciencia producía muchos conocimientos y muy complejos; se necesitaba mucha preparación para hincarles el diente, y muchos de los profesores normales sólo dominaban la estructura de los sistemas escolásticos. Además, se tenía la intuición de que nadie se interesaba por las actitudes beligerantes. Desde esta persuasión, pues, de que el curso de la ciencia era inevitable era mejor encerrarse en la psicología «de dentro».

Incluso me atrevería a sugerir otra causa del silencio a que fue reducida la psicología científica. A principios de siglo se tenía la firme persuasión de que el materialismo era decididamente combatible. Pero a medida que pasaban los años (y ya nos encontrábamos en la segunda mitad del siglo) no era claro en qué, cómo y hasta dónde, se debía combatir el materialismo. El materia-

lismo, en efecto, ya no era el mismo que a principios de siglo. Además, dentro de la Iglesia se había producido la eclosión triunfante, en los años cincuenta y sesenta, de la cosmovisión científico-filosófico-teológica de Pierre Teilhard de Chardin,

---

*en la tercera etapa la sección de  
psicología desaparece por completo;  
incluso llega a desaparecer en  
muchos casos la sección de ciencia;  
ésta sólo renace en la década  
de los noventa*

---

donde el concepto de materia quedaba sublimado y aparecía un cierto modelo de monismo cristiano. Teilhard fue recensionado y comentado en la *Razón y Fe* de estos años. Evidente que esto sembraba dudas de fondo sobre lo que en realidad era criticable de la imagen del hombre en la ciencia. Por eso en estos años la presencia de la «imagen del hombre» en la revista comienza a discurrir por la vía de una escolástica, o neoescolástica, tolerante, no beligerante, que trataba también de fundarse en autores del mundo de la «antropología filosófica», tales como pudieran ser Jaspers o Heidegger, siempre más digeribles e integrables en la imagen del hombre tradicional. La imagen científica del hombre, tratada en la psicología pura y dura, seguía presente por vía de la ausencia. Pero era una ausencia que decía muchas cosas, si se sabía entender.

## La etapa de 1976 al 2000

Se constata fácilmente que en ella se mantienen las tendencias que acabamos de señalar; algunas de ellas en una forma más radicalizada. En los índices de cada volumen de la primera etapa era habitual encontrar una sección de la bibliografía dedicada a ciencia y otra a psicología. En la segunda etapa la psicología aparecía sólo en ocasiones unida a la ciencia. En la tercera etapa la sección de psicología desaparece por completo; incluso llega a desaparecer en muchos casos la sección de ciencia; ésta sólo renace en la década de los noventa gracias a las colaboraciones de Agustín Udías. En conexión con la psicología científica sólo aparecen un artículo (resumen de una tesis empírica) de Ramona Rubio Herrera, algunas reseñas de J. A. Martínez Paz, por ejemplo, sobre Camilo Cela Conde o J. P. Changeaux, un artículo mío del 85 sobre el problema psicofísico, o dos artículos sobre inteligencia artificial de A. Fernández Rañada y M. A. Sanz Boti que más bien se relacionan con la ingeniería del conocimiento. En estos años la escolástica «de antes» deja de hacer acto de presencia, aparece algo una cierta referencia al tomismo transcendental que era una alternativa en torno a los años setenta, y las referencias a la «imagen del hombre» se cultivan más bien desde una perspectiva *light* conectada con la antropología filosófica, pero que sigue al margen de la ciencia dura sobre el hombre en la psicología. Debemos también recordar que en estos años aparecen los temas de bioética, por mediación de Javier Gafo, que, aunque conectan con muchos problemas médicos y psicológicos sobre el hombre, lo hacen desde un enfoque muy específico que no es exactamente el de la psicología científica.

## Conclusiones

Recordemos la panorámica que trazamos en las páginas iniciales sobre el complejo itinerario de la psicología científica en nuestro siglo. Por una parte las grandes escuelas clásicas: estructuralismo, conductismo; psicología analítica, etc. Por otra, la renovación de la ciencia básica del hombre en los años cincuenta a través del modelo del ordenador y la teoría de la información y a través de las nuevas tecnologías biológicas que permitieron describir con precisión la actividad neural subyacente a los procesos psíquicos. Recordemos cómo la psicología cognitiva moderna desembocaba bien en el paradigma mecanicista-formalista-computacional,



bien en el paradigma emergentista-evolutivo-funcional. Pues bien, este complejo proceso sólo ha dejado huellas muy fragmentarias y, en el fondo, descontextualizadas en *Razón y Fe*. Y eso que la revista, según su ideario fundacional, debería haberse interesado por la «imagen del hombre en la ciencia» por su inmediata e inequívoca repercusión sobre la «imagen cristiana del hombre».

En la primera etapa la revista asumió con entereza y valentía la confrontación directa con el materialismo; parecía ser consciente de que hablar del hombre «en cristiano» suponía dialogar críticamente con una imagen no asumible del hombre en la ciencia de aquel tiempo. Pero este diálogo decidido de los primeros años comienza a desfondarse muy rápidamente. Y la revista entra en un largo tiempo de perplejidad que, en mi opinión, todavía no ha concluido.

---

*estas preguntas están situando hoy  
en el campo de la física la resolución  
de las preguntas más básicas de las  
ciencias humanas*

---

Es la perplejidad misma de la Iglesia en general ante la imagen científica del hombre: una perplejidad que o bien nos conduce al silencio prudente o a la persistencia en una beligerancia que tiene el peligro de convertirse pronto en fundamentalista. Parece que *Razón y Fe* optó por el silencio prudente. Pero es muy revelador ver la historia de la revista como una escena concreta de un episodio eclesial de dimensiones integrales y, en el fondo, dramáticas para los que somos creyentes: la perplejidad del mundo cristiano sobre la «moderna imagen del hombre en la ciencia». La imagen cristiana del hombre está todavía desajustada en relación con la ciencia (y por ello muchos de los problemas que aparecen en la bioética cristiana son, en el fondo, derivación lógica de este desajuste fundamental y más básico).

En el momento de hacer recapitulación sobre estos «cien años de perplejidad» de *Razón y Fe*, y de la Iglesia, sobre la imagen científica del hombre, que dramáticamente se están convirtiendo más y más en «cien años de soledad» ante la cultura y la sociedad de nuestro tiempo, creo que estamos en situación de preguntarnos si no es ya la hora de salir de esa perplejidad y comenzar a ajustar nuestra imagen del hombre; o, lo que es lo mismo, poner ya en hora nuestro reloj de la historia. Mi opinión es que las circunstancias que hoy concurren comienzan a hacernos factible esta tarea.

¿Dónde está hoy la ciencia sobre el hombre? Lo hemos expuesto en síntesis en la primera parte de este artículo. A principios de siglo la ciencia tenía un enfoque materialista que fue combatido, por ejemplo, por Urráburru o Ugarte de Ercilla. Este tipo de materialismo, reformulado, es hoy el paradigma mecanicista-formalista-computacional que, en el fondo, acaba dándonos una imagen robótica del hombre. Esta imagen no sólo no es compatible con el cristianismo, sino que tampoco lo es con el más elemental humanismo. Es comprensible, pues, que esta imagen encuentre una beligerancia crítica, tanto desde ámbitos civiles como religiosos. Pero en el curso de estos cien años la ciencia ha avanzado mucho y hoy es también posible la imagen que nos ofrece el paradigma emergentista-evolutivo-funcional. A la alternativa entre materialismo computacional o dualismo escolástico tradicional se le puede añadir hoy una tercera opción, el emergentismo, que está configurándose decididamente como el marco conceptual más asumido en la ciencia moderna sobre el hombre.

Hemos visto, en efecto, en las explicaciones anteriores cómo la imagen neural del hombre nos explica cómo la excitación del sistema nervioso desde los sentidos externos, como la visión, o internos, la propiocepción, produce unos patrones de activación que se propagan hasta el interior del cerebro estableciendo una compleja red de engramas que soportan la actividad psíquica. La cuestión de fondo es: desde qué propiedades ontológicas y de qué forma esas redes neuronales producen los *qualia*, la actividad psíquica subjetiva como tal. Estas preguntas están situando hoy en el campo de la física la resolución de las preguntas más básicas de las ciencias humanas. Roger Penrose, por ejemplo, ha especulado sobre la posibilidad de una red cuántica distribuida en la red neuronal, y asentada en los microtúbulos del citoesqueleto celular, que entraría selectivamente en estados de interacción, o coherencia cuántica, por medio de algunas enigmáticas propiedades del mundo cuántico como es la acción a distancia. La conciencia, el sentir, serían una consecuencia psíquica derivada de la materia primigenia en los estados cuánticos apropiados. De esta manera, el sentir, la conciencia, el psiquismo –o, si se quiere, lo que tradicionalmente hemos llamado el espíritu– comienza a ser una propiedad de la materia y, en el fondo, de la naturaleza del universo que nos permite intuir que quizá estamos ya en el camino que conduce a la resolución del eterno enigma de la constitución psicobiofísica del hombre. Esta nueva imagen del universo, más cercana a la sensibilidad-conciencia

cia y al espíritu, que permiten las hipótesis de Penrose –y también otras tentativas fecundas como las de David Bohm–, es probablemente más cercana al teísmo que un universo lleno de materia prima entendida desde los rudos dualismos platónico-aristotélico-escolásticos.

Nadie pone en duda que el sistema platónico-aristotélico-escolástico, el paradigma griego, tuvo cosas muy buenas, que fue útil e incluso una aproximación digna a algunos conocimientos actuales. Sin embargo, parece de sentido común pensar que, por geniales que fueran los griegos, muy difícilmente pudieron prever la complejidad de la imagen del hombre en la ciencia actual. El cristianismo no está identificado dogmáticamente ni con la imagen griega del hombre, ni con el hilemorfismo aristotélico, ni con el dualismo en general. La imagen cristiana del hombre impone constricciones dogmáticas, evidentemente; así, un hombre robótico y sin libertad responsable no sería cristiano. Pero la imagen científica del universo y del hombre es la que es, no podemos evitarlo. La responsabilidad cristiana en cada momento de la historia es afrontar la tarea de hacer inteligible el cristianismo desde la imagen del hombre que la racionalidad científica va progresivamente creando. Por ello es necesario que la Iglesia –no sólo este o aquel teólogo– para no encerrarnos en un mundo arcaico y arqueológico, lidere el proceso de repensamiento de esa ontología nueva y sorprendente que de manera irreversible va configurando la ciencia moderna y nuestra cultura.

Si el primer siglo de existencia de *Razón y Fe* ha sido el siglo de la perplejidad ante la imagen del hombre en la ciencia, es de desear, me atrevería a sostener esta opinión, que en el nuevo siglo se retome su ideario fundacional para dialogar eficazmente con la ciencia. Una ciencia que hoy no es ya el materialismo craso de principios de siglo, sino una ciencia que nos hace atisbar un horizonte mucho más profundo para entender la conexión de Dios con el hombre y con el universo. ■